

tial. *Adducentur Regi Virgines post eam, adducentur in templum regis.*

Aunque con un testimonio mas sospechoso que respetable se limita el número de las virgenes que participaron de la palma del martirio con la Santa á quien yo elogio, respetando por lo que á mí hace una tradicion tan antigua como unánime, y autorizada con el silencio de la Iglesia misma, confieso tambien con ella á *Santa Ursula* y sus compañeras el culto que se merecen, y dexo á los preocupados espíritus que levanten el trofeo de su incredulidad.

Sin embargo, no esperéis que yo me empeñe en hacer aquí el elogio de aquella ilustre porcion de virgenes: reconozco la multitud, y no determino el número de ellas: advierto muy bien la debilidad de un nuevo panegirista como yo para empeñarme en tan escabrosa carrera: dexo al cuidado de un ingenio mas ilustrado, la idea de referir aquella multitud de combates y de triunfos, y únicamente me cesifiré á hablar de aquella Heróna á quien especialmente habeis escogido por patrona y modelo en la carrera de la perfeccion.

Dichoso yo si en una materia tan abundante supiese escoger aquellos admirables é instructivos rasgos que, sin los estudiados adornos de una floreciente eloqüencia, pudiesen mover al espíritu y penetrar hasta el corazón.

¡Dichoso si pudiese exponer acertadamente aquella perfecta inocencia y aquel intrépido

va-

valor que formaron el verdadero carácter de *Ursula*, y me subministrarán la materia de este discurso.

El valor de *Ursula* supo conservar su inocencia en los mayores peligros. Su inocencia hizo triunfar á su valor en medio de los mas temibles combates.

Para decirlo mas breve. La inocencia de *Ursula* sostenida por su valor, será mi primera parte.

El valor de *Ursula* sostenido por su inocencia, será, como vereis, el asunto de la segunda.

La virginidad y el martirio de esta Santa compondrá todo el asunto de mi elogio, y la materia de vuestra atencion. Para desempeñarlo, como corresponde, ó Espíritu de verdad, necesito de tus luces: te suplico que me las concedas por la intercesion de la Santísima Virgen. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Si yo hubiera de hablar delante de unos hombres á quienes arrastrase la pasion ácia los placéres ilícitos de este perverso mundo, los propondría la inocencia, no solo como la virtud mas rara y singular, sino tambien como la mas agradable á los ojos de Dios; y comparando su desórden con el mérito de la Virgen á quien honramos, hallaria en el elogio de ésta la condenacion de aquellos. Pero no me conviene producir los errores de un siglo criminal en un lugar donde el mundo y sus

vicios son igualmente desconocidos; en un lugar donde solo se respira santidad, y en el que, aunque siempre admirable la virtud, parece ménos extraordinaria, porque está por él mas generalmente repartida.

Sin embargo, no se me dexará de conceder, que en todo lugar está permitido dar una bella y excelente idea de la inocencia, porque aun quando no haya persona alguna á quien se pueda instruir con ella, nunca falta á quien poder edificar. Edificaos, pues, vosotras en este dia, y admirad, señoras, en vuestra gloriosa Patrona, aquella inocencia que advertís muy bien, y de la que ella conoció tan perfectamente su inestimable precio.

En efecto ¿quién comprehendió mejor que *Ursula* lo precioso de la inocencia, y lo frágil que es al mismo tiempo? ¿Quién comprehendió mejor que aquella ilustre Vírgen la importancia de conservar este tesoro, y la facilidad de perderle? Mas por otra parte, ¿quién se supo conducir mejor que ella en tan evidente peligro? Quanto mas expuesta veía su inocencia, mas valor demostraba para conservarla; de suerte, que manteniendo con su valor su inocencia, supo al mismo tiempo librarse de las ocasiones que la exponian, menospreciar los honores y las riquezas que la tentaban, y alejar los extravíos que la perdian. Estadme atentas.

He dicho desde luego, que la inocencia de *Ursula* supo evitar las ocasiones que la exponian á perderse; y para que convinieseis con mi modo de pensar, podria hacer os ver aquí

aquí lo muy expuesta que está la inocencia en medio de los placéres del siglo, y os pudiera pintar el mundo como una tempestuosa mar, en donde, á semejanza de un frágil barquichuelo, está siempre la inocencia débil á peligro de naufragar y estrellarse contra algun fatal escollo. Vosotras, señoras, os estremeceis sin duda al ver una Vírgen jóven en medio de tantos peligros, porque sabeis, que si es funesto el mundo para todos los hombres, lo es con especialidad para la juventud, como que en esta edad se entrega con otra tanta mayor facilidad al placer en quanto conoce ménos su riesgo.

¿Pues qué seria, si abandonando el tumulto popular os encaminase á un parage mas delicado todavía, y si en las delicias de la corte descubriese una fuente mas abundante de ocasiones peligrosas? A la verdad: ¿qué cosa hay mas opuesta á la inocencia que la corte? La delicadeza que reyna en ella, los placéres de que se gusta, y las personas con quienes se trata, no solo son otros tantos enemigos de la inocencia, sino enemigos tan crueles quanto mas parecen de amables.

Pero algunas veces quiere Dios exponer la inocencia de aquellos á quienes ama, para procurarles una victoria mas apreciable y señalada. Muchas veces favorece el cielo á aquellos de quienes parece ser el mayor contrario. Temamos el peligro en los que le aman, forjándose por sí mismos los hierros que no quieren evitar. Superior *Ursula* á aquellas almas vulgares á quienes domina una floxa timidez,

disipará muy en breve vuestros sentimientos, y os hará conocer que no hay enemigos tan terribles que no se puedan vencer quando se saben dar oportunamente las señales de un verdadero valor.

Si yo no encontrara en *Ursula* mas que los encantos de una hermosura admirable, y si sus bellas qualidades se reduxeran á la nobleza de los sentimientos, á la dulzura del carácter y á la penetracion del entendimiento, pudiera muy bien temer de su inocencia, respecto de que, segun el gusto del mundo, no veia yo en su perfecto carácter ninguna cosa que pudiera conservar la virginidad, sino antes bien todo quanto podia contribuir á perderla.

Pero á las qualidades de su alto estado, sabia juntar las virtudes de su Religion. Como hija de un rey, tenia los sentimientos dignos del trono. Como esposa de Jesu-Christo, se advertia en ella todo lo que corresponde á los verdaderos christianos. En este particular era muy poco semejante á muchas personas de nuestro siglo, que ni tienen las qualidades que exige su nacimiento, ni las virtudes que pide su Religion: relaxadas por una parte, é impías por otra, las conocemos, y callamos lo que vemos, porque se respeta su nombre, y aun mucho mas el carácter que tienen; contentándonos solo con pensar, que ni merecen lo uno ni lo otro. Imiten, pues, á la Santa á quien alabo, y sostengan su nobleza con dignidad á exemplo suyo, mostrándose fervorosas christianas; porque si se hallan en *Ursula*

todos los atractivos que el mundo puede apetecer, ¿no es cierto que se admira tambien en ella todo lo que puede merecer la complacencia de Dios?

No hablo precisamente de aquel natural que tenia tan enemigo de la vanidad, unido á lo sólido, é inclinado al bien, que huyó de quanto debia, y amó á todo lo que era digno de ser amado. Lo que yo miro en esta Santa, es solamente aquella viva fé, aquella ardiente caridad, aquella humildad profunda y aquel precioso conjunto de las mas brillantes virtudes. Pues ¿y qué diré yo del valor? ¿Faltaria acaso este requisito en el retrato que acabo de bosquejar? No, señoras, me consta que no hay cosa mas peligrosa para una Virgen jóven que el verse en medio de los placeres, de los encantos y de las delicias de una magnífica corte. Sé muy bien, que no es ménos seductivo que gracioso el placer de verse rodeada de tantos adoradores como vasallos, que á porfia se apresuraban á presentar sus homenajes, y estudiaban de comun acuerdo el modo de tributarla los incienso que merecia, y que no pocas veces no sois vosotras acreedoras á ellos. Mas llevad vuestra consideracion á la corte de Cornuaille, y vereis en ella los mejores preludios del tierno valor con que *Ursula* debia dar en lo sucesivo las pruebas mas maravillosas.

Vosotras creeréis sin duda hallar en aquella una corte como las de los césares, sepultada en las tinieblas del paganismo. Pero desengañaos: el zelo y valor de nuestra Heroína,

na, disiparon en ella las tristes reliquias que la hubieran podido quedar. Vosotras no encontraréis en los muebles y vestidos de vuestra Protectora aquel inmoderado luxo y fausto ambicioso que entónces mantenía en su colmo el orgullo de los Romanos. El valor de *Ursula* no temía sindicar con respeto la religion de su padre, y hacerle ver, que debian menospreciar los christianos las vanidades de este miserable mundo. Tampoco la hallareis aquellas lascivas é indecentes pinturas, que por desgracia son demasiadó comunes, por querer ver los ojos lo que el corazon desea. En presencia de su padre, supo apartar diestramente sus miradas de aquellos odiosos objetos, y darle á entender de un modo tan sabio como precautivo, que solo debia ser el fuego la suerte de aquellos ingeniosos horrores.

No creais, señoras, que acabó de sufrir con aquello la piadosa Princesa. Su inocencia tuvo otras ocasiones que temer, y en las que su valor debia superar los peligros. ¡Ah! ¡que no pudiera yo explicaros aquí aquel arte ingenioso de que se valia *Ursula* para no agradar, sin que por eso hiriese á persona alguna; quando por el contrario vemos á esas mugeres mundanas que se valen del artificio para suplir lo que la naturaleza las negó y atraer ácia sí adoradores criminales! ¡Que no pudiera yo manifestaros aquella destreza en apartarse de los siniestros discursos, y substituir en su lugar una conversacion tan agradable, aunque mas edificativa, para condenar á aquellos hombres culpadísimos, que disgustados

con prestar su atento oido á un discurso piadoso, se deleytan en hacer brillar su sobornador espíritu en una conversacion tanto mas escandalosa, en quanto respetan ménos en ella la caridad, el pudor y la Religion! ¡Que no pudiera yo pintaros aquella natural modestia que contenia á los cortesanos mas indiscretos; aquella modestia que condenó enteramente aquellas indecencias que, aunque muy comunes, no se puede hablar de ellas sin avergonzarse!

Ved ahí justamente lo que hacia el tierno valor de *Ursula*. Y si esto hacia en los principios, ¿qué es lo que hará despues? Esta es una flor que acaba de brotar y llegará muy en breve á su máyor hermosura; de suerte, que despues de haber evitado nuestra fervorosa princesa las ocasiones en que se expone la inocencia, sabrá menospreciar tambien los honores y las riquezas que la sirven de tentacion.

Yo, señoras, no me detendré en manifestaros lo muy expuestas que son á la inocencia las riquezas y los honores. No se ve otra cosa mas desobrar cada dia que lo dificultosísimo que es á la nobleza concordar una brillante fortuna con unas costumbres irreprehensibles. Y estoy para decir, que basta muchas veces ser rico en el mundo, ó proceder de una cuna elevada para hacer poco caso de la virtud y dexarse ir tras de toda especie de desórden; de tal manera, que el poder es muchas veces un título que empeña en ser vicioso, como si se mantuyese su estado con mas

mas dignidad dexándose arrastrar del torrente de las mas vergonzosas pasiones. ¿Pues qué? ¿no puede manifestarse la opulencia sin incurrir en delito alguno? ¿Es preciso que los bienes frágiles y pasajeros de esta vida hagan perder los que son tan sólidos y eternos en la otra? ¡Ah! ¡dichosos mil veces los que en medio de las riquezas humanas sabeis conservar los tesoros de la gracia celestial! Pero ¿dónde hemos de hallar estas almas escogidas? Echad, señoras, echad la vista sobre *Ursula*, y reconocereis en ella el modelo que se debe seguir y de que tan poco caso se hace.

En efecto ¿os haré yo ver el odio con que miraba nuestra Santa los honores que se empuñaban en tributarla? ¿Os haré yo ver que tan pronto se sabia librar de ellos con destreza, como rehusarlos con modestia? Esto consistia en que menospreciaba las vanidades sin degenerar de su nobleza.

Yo no os diré tampoco el como era su razon inacésible á la lisonja, ni lo mucho que su modestia se ofendia con la menor alabanza. El aplaudir su mérito, elevar sus talentos y coronar sus virtudes, era abrir un dilatado campo á su humildad, porque al paso que no habia ninguno que no admirase sus bellas qualidades, se queria ella sola desentender de la multitud y de la grandeza. Humilde en su elevacion, estaba persuadida que un lugar distinguido no dá honor al que le posee mientras no se haga digno de él por su mérito; dictándola asimismo la razon, que es mucho mas glorioso tener virtud sin na-

ci-

cimiento ilustre, que nacimiento ilustre sin virtud.

¡Cuán pocos hay que piensen de esta suerte! Y por el contrario ¡cuántos se encuentran que encalabrinados con un vano título de nobleza quisieran que se les rindiese el homenaje que no les corresponde; como sino fuera mucho mejor recibir con indiferencia los honores que se merecen, que exigir con orgullo aquellos de que uno no es acreedor! Tal era, christianos, el modo de pensar de *Ursula*, y tal debe ser el vuestro. Por lo mismo debéis mirar, á su exemplo, con indiferencia los favores que la fortuna os acarrea.

Muchas de las personas que me escuchan, se admirarán sin duda de ver que la hija de un rey menosprecia los bienes del siglo, y les parecerá este exemplo otro tanto mas asombroso quanto es mas raro. Pero *Ursula* conocia demasiado bien el falso brillo de las riquezas para unir á ellas su corazon; y si daba á entender que las amaba era porque la proporcionaban la feliz ventaja de poderlas repartir entre los pobres. ¡Qué valor! ¡qué generosidad! ¿Pues qué, se decia ella muchas veces á sí misma, habia yo de estimar unos bienes que pudieran impedir la conservacion de mi inocencia? ¿Habia yo de apreciar unas riquezas que, aunque las poseo en el dia, las puedo perder mañana? Léjos de mí tan brillantes vanidades de un miserable mundo. El Dios á quien adoro nació, vivió y murió en la pobreza; y ya que yo no he podido nacer en ella, viviré á lo ménos y moriré en el mismo estado.

Ta-

Tales son, señoras, los sentimientos de nuestra Santa. ¡Cuán dignos son de un corazón grande, y de un valor, no solamente capaz de evitar las ocasiones que hacen peligrar la inocencia, y menospreciar los honores y las riquezas que la exponen á caer, sino tambien de alejar los extravíos que la pierden! No hablo aquí precisamente de aquellos ilícitos extravíos que son tristes efectos de una pasión criminal: hablo únicamente de aquellos honestos y dulces lazos de un matrimonio legítimo y ventajoso como el que *Ursula* se podría prometer con mucho mas fundamento que otra alguna.

¿Qué fortuna no podía esperar una princesa como ella, tan recomendable por su hermosura como por su entendimiento? Me parece que estoy viendo ya algunos príncipes, cuyo mérito iguala al nacimiento, y aun hasta los mismos reyes, que se imponen la honrosa obligación de solicitar su alianza, y que por medio de reiteradas diligencias se disputan la ventaja de conseguir una victoria tan apetecible, que forma el único objeto de sus vivas intenciones.

Todavía ignoraba *Ursula* el peligro que amenazaba á su inocencia, quando le descubrió muy en breve en los ojos de un padre que temía declararse á ella. La tristeza de un semblante pálido y abatido, y el largo tiempo de un silencio profundo, inspiraron en la fervorosa princesa un secreto temor, que el respeto la impedía declarar. Circunstancia fatal para una joven virgen, cuya inocencia teme y se

re-

recela de todo. Pues ¿cómo se ha de descubrir? Nada se sabe; pero se teme y se duda, y una duda hasta muchas veces para llevar á qualquiera á la desesperacion.

¡Impedimento cruel para un padre que ama de corazón á una hija de quien es tiernamente querido! ¿Cómo la habia de dar cuenta el padre de un matrimonio que deseaba contraerse, y sabia no habia de poder conseguir? ¿Cómo la habia de exhortar para que perdiese una virginidad que tonocia habia ofrecido á Dios con un voto solemne y expreso? ¿Cómo habia de conseguir que se uniese con los hombres, despues de haberla permitido se ligase con indisolubles lazos á Dios?

Estos inconvenientes, señoras mías, se hubieran vencido con facilidad si ella hubiera tenido un padre semejante á los de nuestros dias, que niegan sus hijos á Dios y á sí mismos por sacrificarles á la ambicion. Pero el rey Cornuaille ignoraba unos pasos tan escandalosos; y tal vez no hubiera hecho conocer su modo de pensar, si la sabia conducta de nuestra Santa no hubiera acertado á advertirle de ellos.

En efecto, yo noto que la virtuosa Princesa dirige á Dios sus imprecaciones para conseguir la declaracion de un misterio que no podia descubrir ni comprehender. Oyó el cielo sus súplicas, la iluminó la gracia, y conoció que los lazos que se querian formar á su resistencia no merecian sus temores ni sentimientos, porque su valor la haria tomar sábias y acertadas medidas para trastornar los

pro-

proyectos de los hombres y executar los designios del Altísimo. ¿Qué es lo que hará, pues, este valor? ¿Empeñará á *Ursula* en menospreciar las órdenes de su padre, ó no escuchar sus avisos? No señoras. Un valor semejante sería mas bien inspirado por el infierno que dirigido por el cielo. *Ursula* sabrá respetar las órdenes de su padre, y seguir las intenciones de Dios. Aceptará el matrimonio que se la propone, bien segura de que jamas lo conseguirán; y los mismos preparativos que al parecer se hacian para aumentar su brillantéz, serán unos ocultos designios que no atenderán á otra cosa que á romper sus funestos vínculos. Aquel gran número de vírgenes que de todos los estados vecinos habian juntado sus cuidados, servirán para executar mas bien el proyecto de su meditado valor. Ella las instruirá desde luego, las formará despues, y, entregándolas sus intereses, las obligará á que busquen en un pais extranjero las coronas que el cielo las preparaba en él. A mí me parece que estoy hablando quando el zelo la habia transportado ya con sus compañeras á la embarcacion fatal. Me parece que las estoy viendo surcar las olas y arriegarse en una mar peligrosa, ofreciendo al cielo la vida, que de comun acuerdo le habian consagrado. Ved aquí, pues, lo que causa el valor de *Ursula*, y del modo que aleja los empeños y extravíos que pudieran perder á su inocencia. Así, pues, su corazon conservó su inocencia en los mayores peligros, sea evitando las ocasiones que la exponian á ellos, sea menospreciando los ho-

honores y las riquezas que la servian de tentacion, ó sea, en fin, alejando los extravíos y conexiones que la pierden: luego el corazon de *Ursula* mantuvo su inocencia.

Su inocencia sostenida por su valor, fué, como acabais de ver, el asunto de la primera parte de este discurso. Ahora añado, que el valor de *Ursula* sostenido por su inocencia, compone el de la

SEGUNDA PARTE.

Por mas intrépido y glorioso que sea el valor, no siempre es invencible. Algunas veces sucede, que despues de haber resistido mucho tiempo á los ataques de sus enemigos, se vé obligado á ceder á sus redoblados esfuerzos. El valor de *Ursula* nunca fué de este carácter: lo que una vez se atrevió á emprender lo executó, y saliendo vencedor, supo hacer tal uso de su victoria, que ninguna cosa fué capaz de desbancarla; de suerte, que quanto mas era atacado, perseguido y asestado, mas atrevido, intrépido é invencible se mostraba. Puede decirse, que el furor de sus adversarios le daban nuevas fuerzas. Tan cierto es, que quando la inocencia sostiene al valor, no hay peligro que no menosprecie, obstáculo que no sobrepuje, ni enemigos á quienes no amedrente. ¿Quiénes son aquellos á quienes debe nuestra Heroína combatir y confundir? ¿Son acaso unos hombres que no miran en su triunfo sino la gloria que le debe acompañar? No señoras, no por cierto, el

valor de *Ursula* pide enemigos mas temibles. Yo la veo en medio de un ejército de hombres igualmente crueles, avaros, impíos y sacrílegos, que no teniendo de humanos mas que la figura, no conocen las leyes ni las obligaciones. Ved ahí los que la atacan y á los que ella sabe resistir; sobrepujando únicamente sus vanos esfuerzos para caer entre las manos de un monstruo impúdico y sanguinario, que él solo lleva en su corazon toda la ferocidad y rabia de sus soldados juntos. De este modo es, señoras, del que facilitó la inocencia á *Ursula*, lo que al parecer no habia podido executar su valor; de suerte, que siempre superior á los ataques, desechaba las promesas y las alabanzas que engañan al valor, menospreciaba las amenazas y los furios que le intimidan, y sufrió los suplicios y la muerte que le abaten. Oid el por-menor y convendreis con lo que yo digo. Ninguna cosa es mas á propósito para seducir al valor que las promesas y las alabanzas, porque es muy propio en el hombre dexar ir su corazon tras de todo lo que le lisonjea. En este supuesto, ¿que cosa hay mas lisonjera que las promesas y las alabanzas? Estas lo proporcionan todo, y aquellas todo lo hacen esperar: las promesas arrastran, y las alabanzas encantan: ambas son otro tanto mas temibles en quanto menos miedo se las tiene, porque unas y otras hacen esclavos y no felices: estos son dos peligrosos escollos que son casi imposible evitar y se cuida uno muy poco de ello. Digo que son casi imposible evitarlos, porque ambos

en-

engañan con otra tanta mayor facilidad en quanto parece que quieren engañar menos. De esto inferí que nos cuidamos muy poco de ellos.

¿Seria acaso necesario referir aquí los funestos exemplos de aquellos, cuyas promesas y alabanzas han engañado al valor? Mas no, no nos apartemos del asunto. Aunque todos los hombres en general sean susceptibles de promesas y de alabanzas, sin embargo, no se dexó seducir *Ursula* de estos engañosos resplandores: su inocencia era un escudo que detenía los golpes con que queria agobiar el tirano su valor.

¡Quanto desearia yo poder llevar vuestra consideracion hasta las puertas de Colonia! Allí es donde veriais como se encaminaba la Santa ácia el tirano, no con una alma y con un espiritu comun, sino con un paso sentido, tranquilo y grave con el que hacia conocer muy á las claras lo superior que era á todos los acontecimientos. Su corazon se transportaba con un secreto regocijo, manifestando en su rostro su contento: todo su exterior respiraba no sé que ayre de magestad, y nunca se manifestó con mas brillantez el resplandor de su hermosura: todo parecia que se volvia en su favor, y hasta la crueldad de su mismo enemigo no podia resistir á tantos atractivos. Lo mismo fué verla que pareció habia ya dexado de ser bárbaro: estaba indeciso sobre el partido que debia tomar, movióse su corazon, suspiraba y amaba el objeto que veía; pero no se lisonjeaba de satisfacer

B 2

su

su ilícita pasión: mas bien temia ser inútilmente consumido por el ardentísimo fuego que alimentaba á su corazón; y que si se atrevia á declararla sus sentimientos le habia de responder, que solo esperaba su petición para negársela absolutamente.

¿Se conducen acaso de este modo, ó criminales víctimas del impuro amor, los christianos de este tiempo? ¿Quantos hay en el, que al paso que deberían extinguirle, mantienen este fuego á costa de quanto se les pone por delante? Pongan los ojos en *Ursula*, y se confundirán. En ella verán á una princesa jóven que menosprecia igualmente, tanto las súplicas como las persecuciones de un apasionado amante: verán que es su valor otro tanto mas inflexible, en quanto los esfuerzos son mayores para vencerle. Sí, señoras, ¿de qué lenguaje no hacia el amor que se valiese el tirano? Tan pronto usaba de una insinuativa dulzura, como de los recursos de una destreza imperceptible: tan breve tributaba incienso lisonjeros y engañosos, como se valía de magníficas promesas, y al paso que delante de ella alababa su hermosura, elevaba su mérito, aplaudia su valor, y parecia que queria imitar la preciosa inocencia que deseaba destruir; hacia resaltar en sus ojos una fortuna tan asombrosa, una suerte tan elevada y una dicha, tal vez, la mas feliz de quantas se pudiera prometer en la corte del rey su padre.

¡Vanas promesas! ¡alabanzas inútiles! Cesa ingenioso tirano, cesa con tus insinuaciones,

tus

tus armas son demasiado débiles y tu política no es bastante refinada para engañar á un valeroso corazón á quien sostiene la inocencia. Escuchó *Ursula* y conoció el lenguaje con que la hablaba, pero supo desentenderse de él, porque miraba su inocencia como el mayor mérito, y la preferia á los mas distinguidos honores.

¡Que glorioso seria para la Religion si se pensase de este modo en nuestros dias! No solamente se desecharian, como lo hacia nuestra Santa, las promesas y alabanzas que vencen al valor, sino que, á su exemplo, se menospreciarian tambien las amenazas y los furrores que le intimidan. Y si el heroísmo padece sus eclipses, ¿que de extrañar es, que algunas veces se intimide el valor? En este supuesto, ¿que cosa hay mas á propósito para conseguirlo que las amenazas y los furrores? Convengo en que muchos christianos se han mostrado superiores á la rabia de los verdugos; pero al paso que merecen estos exemplos nuestros elogios y admiracion, son dificultosísimos de seguir, porque no todo christiano es héroe. El hombre siempre es hombre, y desde que empieza á serlo tiene virtudes y flaquezas: es animoso, pero solo hasta perder una vida á quien ama; de suerte, que amenazado con la privacion de este tan precioso tesoro, es muy bastante para intimidarle y hacerle titubear, aunque sea del valor mas heroyco. Tal era el estado en que se hallaba *Ursula* delante del tirano. ¿Pensais acaso que sea su valor menos firme? ¿Creéis que

B 3

ha-

habia de abandonar aquella inocencia expuesta tantas veces y jamas manchada? ¿Os figurais que se habían de amortiguar y afear la blancura de aquellas carnes, á quienes ninguna mancha habia podido deslucir hasta entónces? O, por mejor decir, ¿dexará de hacerla escuchar su inocencia las amenazas mas ciertas, y menospreciar sus inevitables efectos?

Confieso, señoras mias, que me confundo al hablar de un asunto como éste. ¿Como os podria yo hacer ver el excesivo furor de una parte, y el singular valor de la otra? Para hacerlo era menester una lengua mas eloqüente que la mia, á fin de que correspondiese á las nobles y sublimes ideas que habeis concebido en vuestro espíritu, y de que pudiese trazaros el exácto plan de tantos prodigios.

Jamas hubiérais visto poner al tirano en uso, como en esta ocasion, la adulacion mas vil, y ocultar con estos engañosos exteriores el bárbaro carácter de su alma cruel é impia, ni nunca mas atento para agradar, encantar y mover al corazon. Quitóse la mascarilla, desapareció el amor, se manifestó la tiranía, y se dió á conocer el monstruo del mismo modo que lo era en realidad: su aspecto era terrible, centelleaban sus ojos, la cólera se manifestaba en su semblante, y la desesperación que reynaba en su corazon, se dexaba ya ver patentemente.

El furor de los verdugos parecia un instrumento demasiado débil, para satisfacer su venganza quisiera haber podido reunir para

el suplicio de aquella jóven vírgen todo quanto la ingeniosa rabia de los mas crueles tiranos habia podido imaginar de mas afrentoso para humillar el valor y constancia de los infinitos y generosos mártires que habian sacrificado. Las prisiones, las cadenas y los suplicios, le parecia que no eran bastantes para apagar su encendida cólera. Buscaba nuevos tormentos para hacer mas digno de él el suplicio, y no contento con que temiese la inocente Princesa las torturas, las calderas de aceyte hirviendo, el fuego y el acero, hubiera querido su ofendido amor hacerla padecer mil muertes en una sola.

¡O funestísimo aborrecimiento producido por un desordenado amor! ¿Es este del modo con que el tirano se lisonjea vencerla? ¿Le parece que ha de vencer por fuerza á aquella que no pudo sujetar con maña? No por cierto: la resistencia contra quien combate será otro tanto mas fuerte quanto él sea mas cruel. Aunque acabe la obra que se habia atrevido á empezar; aunque apague su criminal fuego con una sangre inocente, y aunque pruebe á ver si la imágen de la muerte le consiguere una victoria que sus débiles amenazas no le han podido acarrear, no lo logrará jamas. En efecto, señoras, desde aquel instante se le vió que entregaba al furor de los soldados á las compañeras de nuestra Santa: animaba su rabia, y prometia á su zelo impio una recompensa proporcionada á una pronta obediencia, digna de su bárbara liberalidad. Guiados, pues, de la esperanza, se arrojaron como unos

buytres sanguinarios sobre aquellas inocentes palomas, otro tanto mas hambrientos y feroces, en quanto no pudieron satisfacer su brutal apetito. Pero ¿que os parece que hará *Ursula* al ver que se preparan con regocijo para executar el sanguinario precepto de su gefe inhumano? ¿derramará sus inútiles lágrimas sobre la suerte de tantas vírgenes moribundas? No señoras: ella miraba las lágrimas como una señal débil, y léjos de enternecerse su gran corazon con un espectáculo tan terrible y patético, tomó mayor fuerza para exórtarlas á que despreciasen al tirano y sus furios. Morid, morid, las decia, dignas esposas de Jesu-Christo, que el cielo está esperando de vuestra parte este generoso sacrificio, la muerte os pondrá en posesion de las coronas que os están preparadas. Pero me parece que al estar yo hablando de este modo descubro por una parte los cuchillos y por otra las flechas para penetrar aquellos castos corazones, y hacer que, por una muerte gloriosa, consigan la triunfante palma del martirio. En efecto, aquellas afortunadas víctimas de la inocencia espiraron á los pies de *Ursula*. ¡Que espectáculo tan triste! ¡Todos temblaban, y se estremecian de horror! Solo *Ursula* estaba inmóvil, veía repetida con mil crueldades la imagen de la muerte; sosteníala su valor, y, como estaba su inocencia en peligro, la hacia desear mas bien la suerte de sus compañeras que temerla. Mas no tuvo reparo en declarar al tirano, que si era menester morir, moriria como virgen y como christiana; de tal

tal modo, que en un mismo suplicio reuniria, tanto el triunfo de su virginidad quanto el de su inocencia.

¿Que mejor respuesta que esta? ¿Que cosa mas á propósito para confundir á aquellos hombres débiles á quienes intimida, desconcierta y abate el menor peligro? ¿Que se ha hecho aquel zelo que se advertia en los primeros siglos de la Iglesia? ¿Acaso es hoy menos christiano que lo era en otro tiempo? ¿Pues por que no se reconoce el mismo ardor y el propio valor para defender á nuestra Religion santa? ¡Dichosas una y mil veces aquellas almas escogidas que, como *Ursula*, están prontas á derramar su sangre para mantener sus derechos! Las amenazas, pues, y el furor de los tiranos son inútiles, respecto de que su inocencia hace intrépido é inmutable á su valor: por esta razon menospreció la inocencia de *Ursula* las amenazas y el furor con que querian intimidar su valor. En fin, padeció el suplicio y la muerte, que eran los únicos que le podian abatir.

A la verdad, christianos oyentes, ¿que valor no queda abatido á vista de los suplicios y de la muerte? ¿No es este el valor de aquellos que en medio de una delicadeza detestable gozan dias tranquilos y alegres? O por mejor decir, ¿no es el valor de los que trayendo una vida arreglada desempeñan perfectamente las obligaciones de su estado? Ah! ¿quantos se hallarán entré ellos á quienes espante solo la vista del suplicio? Esto es tan cierto, como que la imagen de la muerte es en al-

algun modo terrible al valor mas heróyco, necesitándole de tal condicion que le sostenga la inocencia para menospreciar con él todos los horrores, Contemplad á nuestra Santa con estas qualidades.

Dióse por fin la cruel sentencia, y se encaminó á la muerte aquella generosa virgen, á quien ni el mundo ni sus atractivos habia podido vencer, ni las súplicas ni las amenazas hecho titubear. A morir va aquella brillante flor en la aurora de sus primeros dias, y con su muerte dará á todo el universo la mas hermosa señal de un valor igual al que se descubre en los héroes mas célebres.

No tiene Roma que alabar ya la generosidad de Lucrecia, cuya accion aunque insigne no puede compararse con el valor de *Ursula*, sin ser obscurecida, manchada y anadada, porque en esta admiró un valor inocente y santo, al paso que en aquella no encuentro mas que una orgullosa y ambiciosa generosidad. No solamente me atrevo á colocar su valor sobre el de todos los mundanos, sino que le comparo tambien al de los mártires mas illustres que reconoce la christiana Iglesia.

¿Que han hecho, pues, estos héroes que no se pueda admirar en nuestra Santa? Ellos han sufrido y sido perseguidos por la gloria de Dios, pero, ¿quantas persecuciones sufrió *Ursula*? Y ¿por quien las padeció sino por Dios? Es cierto que aquellos grandes hombres murieron con valor; pero poned los ojos en nuestra Heroína y la vereis sobre un sangrien-

to

to teatro, quiero decir, sobre los cuerpos de sus moribundas compañeras. Allí es donde esperaba el golpe que debía unirle á su divino Esposo, allí es donde animando su inocencia al valor, parecia quejarse de la lentitud y tardanza de la muerte: allí es donde hacia temblar la impiedad del tirano, y donde resistia con mas fuerza que nunca las caricias y furoros que alternativamente empleaba para vencerla, y, en fin, allí es donde por un semblante risueño hacia dudar, si la era mas agradable la muerte que la vida.

Mas, ¿para que me detengo en decirlo? Ya hizo la fatal señal una mano audaz y sacrilega: ya veo correr la sangre desde los brazos de *Ursula*, cuya inocencia y nobleza debieran haber sido respetadas. ¡Oxalá que con esta accion se hubiera contentado el furor del tirano! Pero no oyentes míos: á esta primera accion se siguió otra que penetró su amable corazon: á aquel corazon á quien los atractivos del amor habian hallado inaccesible: á aquel corazon noble en sus inclinaciones, generoso en sus sentimientos, dilatado sin ambicion, elevado sin orgullo, tierno sin baxeza, condescendiente por bondad é inflexible por su Religion: á aquel corazon discreto, sincero, desinteresado y constante; en una palabra, á aquel corazon adornado de todas las virtudes y libre de todos los vicios.

Esto es hecho: ya no hay ninguna esperanza: cae *Ursula* y espira. ¿Espira? ¡O gran Dios! ¡que confusion para el paganismo, que gloria para la Religion! ¡Triunfar una virgen

gen

gen jóven de las promesas y de las alabanzas, de las amenazas y de los furoros, de los suplicios y de la propia muerte! ¡Que prodigio! Sí, señores, de este modo sostuvo la inocencia de *Ursula* á su valor, despues que este mantuvo su inocencia.

Perdonad, gran Santa, perdonad de que yo haya desempeñado tan mal vuestro elogio; perdonad mi temeridad, y no desecheis la súplica que os hago al concluirle por una casa que os es tan amable, quanto especialmente está consagrada á vuestro nombre. Conservad en sus superiores aquel maravilloso conjunto de todas las preciosas qualidades que exige su empleo. Conservad en un director el zelo prudente y activo que pide su ministerio. Conservad en todos los individuos de este gran cuerpo, aquel espíritu de humildad, de abnegacion y de santidad que requiere su estado. Conservad en esta brillante juventud aquella inocencia, sabiduría y amor que se la inspira ácia la virtud. Comunicad conmigo á todos mis oyentes un ardiente zelo por los intereses de la Religion y la gloria de Dios, para que despues de haberos imitado en la tierra podamos acompañaros en el cielo. Amen.

PA-

PANEGÍRICO

DE SAN CÁRLOS BORROMEO,
Cardenal Arzobispo de Milan:

PREDICADO

El dia de su fiesta en la Iglesia Parroquial de San Salvador.

Obsecro ut fiat in me duplex spiritus tuus. Os suplico depositéis en mí vuestro duplicado espíritu. *IV. Regum, 2. 9.*

El duplicado espíritu que pide Eliseo con tanto encarecimiento á Elías, es un problema que se ha suscitado muchas veces y jamas se ha resuelto. Mi designio no es el de determinar las variaciones de los intérpretes: me contento solo con representarme á aquel profeta como el vengador severo de la iniquidad, ó como el libertador de un pueblo afligido. La firmeza y ternura de un zelo siempre prudente, me parece que son las qualidades que forman